

— El recibo.
 — ¡Canario con el hombre! exclamó Robert, y se puso á extender el recibo. Ahí fuera, añadió, hay una señora tapada que quiere veros al instante, al instante, para un negocio urgente. Aquí está el recibo : ¿os parece bien?
 — Perfectamente : ahora salid por esta escalerilla.
 — ¿Pero y la señora?
 — Es precisamente para que no la veáis.
 El notario llamó al pasante y le dijo : Haced entrar á esa señora. Abur Mr. Robert.
 — Vamos, es preciso renunciar á verla. No conservéis rencor, amigo mío, y creed que...
 — Bueno, bueno, adiós. El notario cerró la puertecilla cuando hubo salido Robert, y á pocos momentos el pasante introdujo á la duquesa de Lucenay, vestida muy modestamente, rebujada en un gran chal y con el rostro enteramente cubierto por un tupido velo de encaje negro, que daba vuelta á su sombrero del mismo color.

XIX

LA DUQUESA DE LUCENAY

No sin alguna turbación se adelantó lentamente la duquesa hacia el bufete del notario que fué á recibirla cerca de la puerta,
 — ¿Quién sois, señora, y qué queréis? dijo bruscamente Ferrán, cuyo humor bastante alterado ya con las amenazas de Sara, se había exasperado con las enojosas sospechas de Mr. Robert. Por otra parte estaba la duquesa tan humildemente vestida, que el notario no veía razón alguna para dejar de tratarla con su acostumbrada aspereza. Viendo que vacilaba para contestar, repuso : ¿Os explicaréis al fin, señora?
 — Caballero, dijo la duquesa con voz alterada y procurando ocultar más y más su rostro con el velo, ¿se os puede confiar un secreto de la mayor importancia?
 — Á mí se me puede confiar todo, señora, pero es menester que yo vea y sepa á quién hablo.
 — Quizás esto no es necesario, caballero, ya sé que sois el honor y la fidelidad misma.
 — Al hecho, señora... Acabemos de una vez, que me están esperando. ¿Quién sois

— Poco debe interesaros mi nombre... Uno de... mis amigos... de mis parientes.. acaba de hablaros.
 — ¿Su nombre?
 — Mr. Florestán de Saint-Remy.
 — ¡Ah! — dijo el notario; y dirigiendo en seguida una mirada penetrante é indagadora á la duquesa, añadió : — ¿Y qué, señora?
 — Mr. de Saint-Remy me contó lo que le ha pasado, señor notario.
 — ¿Y qué os ha dicho, señora?
 — ¡Todo!...
 — ¡Pero sepamos lo que os ha dicho.
 — ¿Si ya lo sabéis... para qué?...
 — Yo sé muchas cosas de Mr. de Saint-Remy...
 — ¡Ah! señor, es un caso horrible...
 — Sé muchas cosas horribles de Mr. de Saint-Remy...
 — ¡Ah! señor, ya me había dicho que erais implacable...
 — Sí, soy implacable con los estafadores y falsarios como él. ¿Es pariente vuestro ese Saint-Remy? En vez de confesarlo deberíais avergonzaros de ello. ¿Pensáis ablandarme con lágrimas? es tiempo perdido... y además tened presente que hacéis un papel indigno de una mujer honrada.

Esta insolencia brutal encendió el orgullo de la duquesa. Púsose de pie de repente, echó hacia atrás el velo, y con ademán altivo, voz firme y mirada imperiosa, dijo :

— Soy la duquesa de Lucenay... señor notario...

El ademán y el aspecto de esta mujer tomaron en aquel momento un aire tan imponente y soberano, que el notario retrocedió aturdido y fascinado, quitóse el gorro negro de seda que cubría su cráneo, y saludó profundamente á la duquesa.

En efecto, sería difícil encontrar un semblante y un talle más graciosos y altivos que los de la duquesa de Lucenay; y sin embargo tenía ya entonces treinta años bien cumplidos, su cara parecía pálida y algo fatigada; pero en cambio tenía unos grandes ojos negros llenos de fuego y de vida, un cabello magnífico del mismo color, una nariz fina, y labios rojos y desdeñosos, un cutis delicado, una dentadura blanca como el armiño, y un talle alto, esbelto y lleno de nobleza como el de *una diosa en una nube*, según la expresión del inmortal Saint-Simón. Con los polvos y el gran traje del siglo diez y ocho, la de Lucenay podría representar en lo físico y en lo moral una de las duquesas libertinas⁽¹⁾ de la Regencia, que tanta audacia y tanta viveza y tan seductora sencillez mezclaban en sus amores, y que con tanta franqueza se acusaban á veces de sus

¹ Libertinaje significaba entonces independencia de carácter, despreocupación.

deslices, que los más rigoristas no podían menos de decir sonriendo: « No hay duda que es muy ligera de cascos, muy culpable; pero es tan buena y tan encantadora; ama á sus amantes con tal pasión y con tal fidelidad... mientras los ama... que casi se le puede perdonar. Y sobre todo, ella sola es quien se condena, y en cambio hace á muchos felices. » Á excepción de los polvos y del gran tontillo, tal era la duquesa de Lucenay cuando no perturbaba su ánimo algún sentimiento triste. Había entrado en la casa del notario con humilde timidez... y se transformó de repente en una gran dama irritada y arrogante. Jamás había visto el notario Ferrán una mujer de belleza tan insolente y de semblante tan noble y altanero. La cara algo fatigada de la duquesa, sus hermosos ojos rodeados de una aureola azul casi imperceptible, y las ventanas de su nariz color de rosa y muy dilatadas, indicaban una de esas naturalezas ardientes é impetuosas, que los platónicos adoran con ceguedad.

Aunque viejo, feo, innoble y sórdido, Jaime Ferrán era tan capaz como otro cualquiera de aceptar el género de belleza de la duquesa de Lucenay. El odio y el rencor del notario contra Mr. de Saint-Remy subieron de punto en proporción de la admiración brutal que le inspiraba la belleza de su querida. Agitado por mil pasiones encontradas, imaginaba con furioso despecho que aquel caballero falsario, á quien pocos momentos antes casi había obligado á arrodillarse á sus pies amenazándole con los tribunales había inspirado tanto amor á una dama tan encumbrada, que ésta no recelaba dar por él un paso que podía perderla. Estos pensamientos reanimaron la audacia del notario, que se había contenido por un momento. El odio, la envidia, una especie de resentimiento salvaje, el fuego de las pasiones más brutales y vergonzosas, encendieron sus ojos, su frente y sus mejillas. Viendo que la de Lucenay se disponía á entablar con él una discusión tan delicada, se preparó desde luego para responder con rodeos y paliativos. Pero cuál fué su estupor al ver que le hablaba con tanta seguridad y altanería como si se tratase del negocio más natural, y como si delante de un hombre de su clase se creyese dispensada de la reserva y circunspección que sin duda hubiera guardado con personas de su jerarquía! En efecto, la insolente grosería del notario hirió de tal manera á la duquesa de Lucenay, que dejó desde luego el tono de humilde súplica con que se había presentado; y así es que al punto que recobró la dignidad de su carácter, conoció que era impropio guardar la menor reticencia con aquel embrollador de procesos. Mujer de talento poco común, caritativa, generosa, dotada de un buen corazón, á pesar de todos sus errores, pero hija de una madre cuya crapulosa inmoralidad había envilecido hasta el noble y santo infortunio de la emigración, la duquesa de Lucenay miraba sin embargo con tal desprecio á ciertas clases, que sería capaz de decir como la emperatriz romana que entraba desnuda en el baño delante de un esclavo: *Ese no es un hombre.*

— Señor notario — dijo por último con resolución la duquesa á Jaime Ferrán — de Saint-Remy es uno de mis amigos, y me ha manifestado la situación comprometida en que lo ha puesto una cruel villanía... Pero todo se arregla con el dinero: ¿cuánto se necesita para acabar de una vez con ese enredo miserable?...

Jaime Ferrán quedó aturdido al oír este modo caballeroso y decidido de entrar en la cuestión.

— Piden 100,000 francos... repuso el notario después de haber vencido su sorpresa.

— Se os darán los 100,000 francos... Enviad inmediatamente esos papeles á Mr. de Saint-Remy.

— ¿Pero en dónde están los 100,000 francos, señora duquesa?

— ¿No os he dicho ya que se os darán, señor notario?

— Pero antes de mañana á mediodía, señora; porque sino se entablará la demanda de falsificación.

— Pues dad entonces esa suma, que yo os remuneraré como corresponde...

— Señora, me es imposible...

— Pero no me haréis creer que un notario como vos no puede hallar 100,000 francos de hoy á mañana.

— ¿Y con qué garantías, señora?

— ¿Qué queréis decir? explicaos.

— ¿Quién me responderá de esa suma?

— Yo...

— Sin embargo... señora...

— ¿Será menester deciros que tengo una finca cerca de París que produce una renta de ochenta mil francos? Creo que basta para eso que llamáis garantías.

— Basta, señora; pero con inscripción hipotecaria.

— ¿Qué quiere decir eso? sin duda alguna curialada... Vamos, haed lo que gustéis, pero pronto...

— Ese acto no podrá terminarse antes de quince días, y es necesario el consentimiento de vuestro marido.

— Pero la finca me pertenece á mí, á mi sola — dijo con impaciencia la duquesa.

— No importa, señora; estáis en poder de vuestro marido, y los actos hipotecarios son muy largos y minuciosos.

— Vuelvo á repetiros, señor notario, que no me haréis creer en la dificultad de hallar 100,000 francos en dos horas.

— Entonces, señora, dirigíos á vuestro notario ó á vuestro contador... Á mí me es imposible.

— Tengo razones, señor notario, para querer que esto sea un secreto — dijo con altivez la de Lucenay. — Como conocéis á los bribones que intentan saquear á Mr. de Saint-Remy, por eso me he dirigido á vos.

— Vuestra confianza me honra infinito; pero no puedo hacer lo que me pedís.

— ¿No tenéis esa cantidad?

— Tengo mucho más que esa suma en billetes de banco y en buen oro... aquí en mi caja.

— ¡Oh! ¡cuántas palabras!... ¿queréis mi firma?... os la daré y acabemos de una vez...

— Aun admitiendo que seáis la duquesa de Lucenay...

— Venid á mi casa dentro de una hora, señor notario, y firmaré cuanto sea preciso firmar.

— ¿Firmará también el señor duque?

— El duque no sabe...

— Vuestra firma sola no tiene valor para mí, señora.

Jaime Ferrán sentía una delicia cruel al ver la dolorosa impaciencia de la duquesa, que bajo una apariencia de tranquilo desdén sentía una angustia mortal.

Hallábase en aquel momento sin ningún recurso. Su joyero le había adelantado la vispera una suma considerable sobre los diamantes, de los cuales algunos habian sido entregados á Morel el lapidario. Esta suma había servido para satisfacer algunos pagarés de Mr. de Saint-Remy, y para acallar el grito de algunos acreedores; Mr. Dubreuil, arrendatario de Arnouville, había adelantado el arriendo de un año, y además de todo esto el plazo era muy apurado; y por desgracia dos amigos de la de Lucenay, á quienes hubiera podido recurrir en este apuro, se hallaban ausentes de París. En su concepto el vizconde estaba inocente de la falsificación que le atribuía el notario; pero él mismo le había dicho que había sido engañado por dos bribones; de modo que su situación no era por eso menos terrible. Se hallaba acusado y amenazado con la prisión... y aun cuando tomase el partido de huir, su nombre quedaría deshonrado por una sospecha de esta naturaleza. La duquesa de Lucenay se estremecía de horror al combinar estos pensamientos... amaba ciegamente á un hombre tan miserable y tan dotado de una profunda seducción; y el amor que le profesaba era una de esas pasiones desordenadas que sienten las mujeres de su carácter y de su organización cuando llegan á la edad madura.

Jaime Ferrán observaba con atención los menores movimientos de la fisonomía de madama de Lucenay, que cada vez le parecía más hermosa y encantadora... su admiración y la misma situación en que se hallaba aumentaban su ardor, y sentía un agudo placer en atormentar con sunegativa á una mujer á quien sólo podía inspirar asco y menosprecio. La duquesa se irritaba con la sola idea de dirigir una súplica al notario; y sin embargo no se había dirigido á él como

único medio de salvar á Saint-Remy, hasta después de haber reconocido la inutilidad de las demás tentativas. Por último, dijo procurando disimular su emoción:

— Ya que poseéis la cantidad que os pido, señor notario, y ya que mi garantía es suficiente, ¿por qué razón os negáis?

— Porque los hombres tienen sus caprichos como las mujeres, señora.

— ¿Pero qué capricho es el vuestro? ¿Quién os obliga á obrar contra vuestros intereses? fijad las condiciones que gustéis, y las aceptaré, sean cuales fueren.

— ¿Y aceptaríais, señora, todas mis condiciones? — dijo el notario de un modo singular.

— ¡Todas!... dos, tres, cuatro mil francos, y más si queréis... porque os declaro francamente — añadió la duquesa con un tono casi afectuoso — que no tengo más recurso que vos, señor notario, que vos solo... Me sería imposible hallar en otra parte lo que os pido para mañana... y no hay remedio, es necesario hallarlo... es indispensable... Os repito que sea cual fuere la condición que me impongáis por ese servicio, la acepto desde luego... nada me costará aceptarla.

El notario respiraba con dificultad, latíanle con agitación las sienes, y su frente se volvió color de escarlata; felizmente los vidrios de los anteojos apagaban la llama impura de sus ojos: una ardiente nube cubrió su inteligencia, de ordinario despejada, y la razón le abandonó. En medio de su innoble embriaguez interpretó las últimas palabras de la duquesa de Lucenay de una manera indigna, y al través de su razón ofuscada entrevió una mujer atrevida, como muchas mujeres de la antigua corte, determinada á arrostrar por todo y á hacer un sacrificio abominable por salvar á su amante. Este pensamiento era tan estúpido como infame; pero hemos dicho ya que Jaime Ferrán se convertía á veces en lobo y en tigre, y entonces la parte brutal se sobreponía á la racional.

Levantóse de repente y se acercó á la duquesa de Lucenay, que se levantó también y le miro sobrecogida...

— ¿Con que nada os costará?... ¡á vos que sois tan hermosa! — exclamó con voz trémula, acercándose más á la duquesa. — Pues bien, os prestaré esa suma bajo una condición... una sola condición... y os juro que...

No pudo terminar su declaración...

Por una de esas contradicciones extrañas de la naturaleza humana, al ver las facciones odiosamente inflamadas de Mr. Ferrán, la de Lucenay adivinó el pensamiento grosero y las pretensiones amorosas del notario, y á pesar de la inquietud y de la angustia que la dominaban, prorrumpió en una carcajada tan franca, tan loca y tan estrepitosa, que el notario retrocedió aterrado; y sin darle tiempo á responder una sola palabra, se abandonó cada vez más á la risa, corrió el

velo, y en medio de dos careajadas ruidosas, dijo al notario que estaba anonadado por el odio, por el despecho y por el furor:

— Francamente, quiero más bien pedir ese servicio á Lucenay.

Y salió riendo con tal estrépito que el notario la oía aún desde lejos, á pesar de que estaba cerrada la puerta del despacho.

Luego que Jaime Ferrán volvió en sí del asombro, maldijo amargamente su imprudencia. Pero luego se serenó, creyendo que la duquesa no podría descubrir á nadie esta aventura sin comprometerse gravemente.

Sin embargo, el día había sido fatal para él. Hallábase sumido en negros pensamientos, cuando se abrió la puerta falsa de su gabinete y entró por ella madama Serafina sobrecogida.

— ¡ Ah, señor Ferrán ! — gritó cruzando las manos — con razón deciais que acaso nos perderíamos por haberla dejado la vida.

— ¿ Á quién ?

— Á esa maldita chiquilla.

— ¿ Por qué ?

— Una tuerta conocida mía, á quien Tournemine había entregado la niña para que nos desembarazase de ella, hace catorce años... después de haberla dado por muerta... ¿ Quién lo hubiera creído !...

— ¡ Pero habla de una vez !...

— Esa mujer tuerta acaba de estar aquí... estuvo ahí abajo hace un momento... y me dijo que sabía era yo quien había entregado la niña.

— ¡ Maldición ! ¿ pero cómo ha podido saberlo ?... Tournemine está en presidio...

— Yo negué y traté de embustera á la tuerta. Pero ella aseguró que había encontrado la niña, que es ahora una mujer hecha, que sabía en donde estaba, y que está en su mano el descubrirlo todo... y denunciar el hecho...

— ¡ Sin duda se ha desatado hoy contra mi todo el infierno ! — exclamó el notario en un acceso de rabia.

— ¡ Dios mío ! ¿ qué diremos á esa mujer ? ¿ Qué le diremos para que calle ?

— ¿ Tiene trazas de rica ?

— Cuando la traté de mendiga, tocó el bolsillo para hacerme ver que tenía dinero...

— ¿ Y sabe en donde está ahora la muchacha ?

— Asegura que lo sabe...

— ¡ Y es la hija de la condesa Sara Mac-Gregor ! — dijo el notario con estupor. — ¡ Y hace un momento que me ofrecía tanto por decir que su hija no había muerto !... ¡ Y esa hija vive y puedo devolvérsela !... Si, pero el certificado falso de muerta... ¡ Si se entabla una averiguación... estoy perdido ! Este crimen puede dar luz para descubrir los otros...

Guardó silencio por un momento, y dijo luego á madama Serafina :

— ¿ Sabe esa tuerta en donde está la joven ?

— Sí.

— ¿ Y volverá esa mujer ?

— Mañana.

— Escribe á Polidori que se vea conmigo esta noche, á las nueve...

— ¿ Queréis acaso quitar de en medio á la muchacha y á la tuerta ?... ¡ Eso es mucho para una sola vez !

— ¡ Te digo que llames á Polidori para esta noche, á las nueve !...

Al anoecer de este mismo día, Rodolfo dijo á Murph :

— Decid á Mr. de Graun que haga salir inmediatamente un correo... es preciso que Cecilia llegue á París antes de seis días...

— ¡ Con que otra vez esa mujer infernal ! ¡ tan infame como hermosa ! ¡ ese martirio execrable del pobre David !... ¿ Para qué, monseñor ?...

— ¿ Para qué, sir Gualterio ?... Dentro de un mes se lo preguntaré al notario Jaime Ferrán.

XX

UNA DELACIÓN

Como á las diez de la noche del mismo día en que la Lechuza y sus cómplices robaron á María llegó á la granja de Bouqueval un hombre á caballo, diciendo que iba de parte de Rodolfo á tranquilizar á madama Adela respecto á la desaparición de su protegida, la cual le sería devuelta dentro de pocos días. Añadió que por motivos muy graves Mr. Rodolfo rogaba á aquella señora que en el caso que tuviese que comunicarle alguna cosa, no le escribiera á París sino que le remitiese la carta por el mismo hombre que se encargaría de ella.

Érase el tal un emisario de Sara, quien por este medio calmaba á la señora Adela y retardaba por algunos días el que Rodolfo tuviese noticia del rapto de la joven. Durante este intervalo esperaba Sara obligar al notario Ferrán á que favoreciese la indigna superchería de que le habló en la conferencia tenida en su casa. Había más. También deseaba Sara deshacerse de la marquesa de Harville que le inspiraba serios temores, y á quien hubiera ya perdido á no mediar la serenidad de Rodolfo. Al día inmediato al en que el marqués siguió á su esposa á la casa de la calle del Templo, trasladóse á ella Tomás, hizo fácilmente charlar á madama Pipelet y supo que la astucia de un inquilino de la casa llamado Rodolfo salvó á la señora joven cuando iba á ser sorprendida por su esposo.